

La pregunta por la responsabilidad

Aproximaciones a la cuestión del perpetrador

Violeta Ros Ferrer
Violeta.Ros@uv.es



Anacleto Ferrer y Vicente Sánchez-Biosca (eds.), *El infierno de los perpetradores. Imágenes, relatos y conceptos*, Barcelona y València, Edicions Bellaterra-Institució Alfons el Magnànim, 2019.

«El infierno de los perpetradores no está ya formado por los otros, como intuyó Jean-Paul Sartre respecto al infierno en la tierra *tout court*. Los perpetradores se han convertido (quizá lo fueron siempre) en parte de nuestro mundo y no es casual que hayan sido incorporados a una todavía emergente tendencia de la investigación» (49). Con esta reflexión se inaugura el volumen *El infierno de los perpetradores. Imágenes, relatos y conceptos*, un conjunto de ensayos que reúne doce trabajos que constituyen doce acercamientos distintos y complementarios entre sí en torno a uno de los últimos giros en el estudio comparativo de la violencia política: el que desplaza el foco de análisis desde las víctimas de esa violencia hacia el papel de sus victimarios o *perpetradores*, en diferentes grados y modalidades.

La cuestión de los perpetradores –de lo que en el mundo anglosajón se conoce como *perpetrator studies*– propone desplazar la reflexión desde la centralidad de la inapelable figura de la víctima de la violencia política hacia una categoría mucho menos transparente y, por lo tanto, más difícilmente asible e identificable como lugar de análisis. Más allá de su especificidad como significante dentro

del léxico jurídico, la categoría del *perpetrador* presenta, en un sentido lato, un gran potencial analítico desde una perspectiva de carácter sociológico y de análisis cultural. El perpetrador es, en este sentido, la contrafigura de la víctima: una contrafigura abstracta en términos teóricos que adquiere significados concretos y específicos en función del contexto histórico y social al que se aplique. Precisamente por su carácter opaco y, en ciertos contextos, escurridizo, la cuestión de los perpetradores presenta una serie de preguntas y problemas que oxigenan los debates teóricos en torno a la violencia política desde una perspectiva global y que permiten, en su aplicación comparativa, pensarla desde nuevos ángulos. La más importante de todas esas preguntas es, sin embargo, la pregunta por la responsabilidad en el ejercicio de la violencia, así como en sus causas y sus efectos; una responsabilidad que puede llegar a adquirir –y de esto da buena cuenta del conjunto de estudios aquí reunidos– diferentes formas y grados.

Los doce ensayos que componen este volumen dan cuenta del trabajo que, desde esta perspectiva analítica, viene realizando el grupo de investigación de la Universitat de València REPERCRI («Representaciones de perpetradores de violencias de masas: conceptos, relatos e imágenes»)¹ desde hace más de dos años. En concreto, el volumen que coordinan Anacleto Ferrer y Vicente Sánchez-Biosca –responsables también de este grupo de investigación– recoge una parte de los trabajos de investigadores procedentes de distintas disciplinas y nacionalidades que fueron presentados en el marco del Primer Congreso Internacional sobre Perpetradores de violencias de masas que tuvo lugar en Valencia en noviembre de 2017 y articula, en su conjunto, una sugerente panorámica sobre el estudio de la cuestión del perpetrador a partir de su abordaje teórico y, específicamente, del análisis de sus representaciones culturales.

La aproximación a ese *infierno de los perpetradores* que propone este conjunto de ensayos no implica, en ningún caso, la justificación ni la comprensión de los agentes y las condiciones en las que los diferentes escenarios de violencia política se han producido: se trata, por el contrario, de un gesto analítico de carácter complejo por el que se buscan nuevas aproximaciones críticas al estudio de la violencia política, sus efectos sociales y sus representaciones culturales. Sobre este gesto, así como sobre los problemas teóricos y las preguntas que este suscita reflexionan Anacleto Ferrer y Vicente Sánchez-Biosca en el capítulo introductorio. En este primer capítulo, los coordinadores del volumen formulan una pregunta de partida: «¿En qué contribuye el estudio de los perpetradores al conocimiento de la violencia política y el genocidio?» (44). A partir de esta pregunta, Ferrer y Sánchez-Biosca exponen el estado actual del debate en torno a la figura del perpetrador y exponen las líneas generales de la discusión que presentan los doce estudios que vendrán a continuación.

1. <<http://www.repercri.com>>.

Como ocurre con los estudios de la memoria y del genocidio, para el abordaje de la cuestión del perpetrador el Holocausto funciona, de nuevo, como el caso paradigmático y como el precedente jurídico. Difícilmente podemos entender históricamente la construcción de esta figura –señalan los autores– sin tener en cuenta los hitos judiciales que sentaron las bases para una reflexión antropológica sobre la cuestión del perpetrador y la apertura de las tres perspectivas analíticas desde las que, hoy, es posible abordar el estudio de sus representaciones, de los relatos por ellos y sobre ellos generados y de las imágenes mediante las que han sido representados o que ellos mismos han generado para su propia representación. Por un lado, la concatenación de los juicios de Núremberg (1945-1946), Jerusalén (1963) y Frankfurt (1963-1965) supusieron la concepción de la categoría de la perpetración en tres niveles distintos desde los que posteriormente ha sido abordado el estudio de la figura del perpetrador y el análisis de su papel en la organización, ejecución o reproducción de los sistemas de violencia política: el ámbito de su concepción ideológica y estructural, el de su organización y burocratización y el de su ejecución directa sobre los cuerpos. La exposición de estos precedentes jurídicos les sirve a los autores para presentar un repaso por las enseñanzas y el análisis acerca de la propia concepción de los actos de perpetración desde estas tres perspectivas diferenciadas, así como los sucesivos cambios en las perspectivas ideológicas y generacionales de los distintos hitos teóricos en un debate que ha tenido lugar de la década de los sesenta en adelante –desde *la banalidad del mal* de Hannah Arendt, hasta los trabajos de Christopher Browning en torno a los *hombres grises*, pasando por las reflexiones de Victor Klemperer y la lengua del Tercer Reich o el estudio de Raul Hilberg sobre las estructuras de la perpetración–. Por otro lado, los autores subrayan el modo en que los parámetros sentados por los planificadores y ejecutores del Holocausto sirvieron también para abordar, desde una perspectiva antropológica, los relatos, las representaciones y las imágenes procedentes de otros contextos de violencia. Esta perspectiva antropológica permite constatar que, más allá del estatuto paradigmático del Holocausto como caso de estudio, el ejercicio de la violencia política y la represión, la aparición sucesiva, global e incesante de nuevos casos de violencia de masas a lo largo de todo el siglo XX –y también de lo que llevamos del XXI– exige nuevos marcos culturales para pensarla y representarla. El ejército norteamericano primero en Vietnam y en Irak más tarde, el sistema de represión del régimen de los Jemeres Rojos en Camboya, el terrorismo de Estado cometido por las dictaduras militares del Cono Sur o por el franquismo en España, el genocidio perpetrado por los hutus sobre los tutsis en Ruanda, la masacre de Srebrenica durante la guerra de Bosnia o el régimen de ciberterror del Estado Islámico son ejemplos de otros contextos de violencia perpetrada a lo largo del siglo XX y XXI, algunos de los cuales son analizados en las páginas de este volumen desde este nuevo ángulo que focaliza la mirada crítica en los responsables y ejecutores de la violencia de masas.

Es en este sentido como debe entenderse el prisma cultural en el que se inscribe el objetivo del trabajo de investigación que presenta este volumen: «interrogar la huella de los perpetradores y la perpetración en los productos culturales de nuestra sociedad contemporánea, a partir de tres formas que tejen relaciones muy complejas entre sí: los conceptos, los relatos y las imágenes» (46). En torno a estas tres formas se organizan, precisamente, los doce trabajos aquí reunidos.

Los tres estudios que componen la primera parte se ocupan de los conceptos que nos permiten pensar y juzgar, desde una perspectiva sociológica, filosófica y jurídica, el acto de perpetración y sus efectos sociales. Con el trabajo titulado «Ni causas, ni razones, ni culpables. Las víctimas sin perpetradores (y otras paradojas de un mundo de víctimas)», el sociólogo Gabriel Gatti se propone romper con la fórmula «para toda víctima hay un perpetrador» a partir de la reflexión en torno a cuatro conceptos: la envidia de pena, el viejo espacio de las víctimas, el nuevo espacio de las víctimas y la construcción del ciudadano-víctima. Gatti utiliza estos cuatro conceptos para señalar cuatro paradojas cuyo trabajo de campo ha constatado en relación con la construcción social de la víctima. La reflexión en torno a las paradojas de la construcción social de la víctima le permite a Gatti detectar una tendencia a la homologación de dolores y penas que, en no pocas ocasiones, es indiferente a la naturaleza de la violencia que las convierte en víctimas, hasta tal punto que ya ni siquiera es necesaria la figura de un perpetrador como contrafigura que la sostenga o que la funde.

En «Formas de pensar lo impensable. Los perpetradores del mal extremo», la investigadora en sociología del derecho Cristina García Pascual propone una reflexión acerca de la creación de una nueva terminología que ayude a comprender lo que la filosofía moral ha llamado «el mal absoluto». Desde esta mirada, y con la justicia transicional como marco de reflexión, García Pascual sitúa el tratamiento de los perpetradores y su papel en la violencia de masas desde tres perspectivas complementarias –el derecho penal, la justicia restaurativa y la memoria y su reparación– que permiten cernir la desproporción de los grandes crímenes de masas para comprender su repetición más allá del Holocausto como referente y poder entender su naturaleza sistemática en el contexto de un mundo ya plenamente tecnificado.

En el texto que cierra este primer bloque, titulado «Silenciamiento e invisibilización del desprecio», el sociólogo Benno Herzog aborda la normalización social del acto de perpetración como un problema analítico que atañe específicamente a las ciencias sociales. Herzog sitúa su análisis en los procedimientos de silenciamiento e invisibilización primero, y en los mecanismos de neutralización y negación después, para abrir una serie de preguntas acerca de la visibilidad o invisibilidad social del sufrimiento, apuntando hacia el sufrimiento específico del perpetrador como una perspectiva de análisis posible.

La segunda y la tercera parte del volumen reúnen los trabajos de análisis sobre la representación de los agentes de la perpetración. En la segunda parte se

concentran las propuestas que abordan estas figuras a través de sus relatos. Los dos primeros trabajos de esta segunda parte se centran en relatos sobre perpetradores en el contexto del nazismo. En «'Por Dios, por la Patria y por el Führer': Perpetradores nazis en la Iglesia protestante», Jesús Casquete analiza el papel activo de la Iglesia protestante tanto en el arraigo social del nacionalsocialismo como en la colaboración directa con el aparato represivo del Estado durante el Tercer Reich. En concreto, Casquete se refiere a la trayectoria de una corriente organizada dentro del seno del protestantismo, los denominados *Deutsche Christen* (cristianos alemanes) que, desde los púlpitos de las iglesias de toda Alemania, propagaron la ideología nazi a través de símbolos, relatos y calendarios que tuvieron un profundo calado social en la Alemania de entreguerras. En su trabajo, Casquete ilustra su análisis a través de dos ejemplos de reconocidos perpetradores entre las filas de la Iglesia protestante: Johannes Wenzel y Walter Hoff, este último participó activamente en ejecuciones masivas en el frente oriental durante la Segunda Guerra Mundial. Tanto Wenzel como Hoff son, para Casquete, perfectos ejemplos de cómo, además del importante papel de la Iglesia protestante en la creación de adhesión social a la ideología nazi, algunos de sus miembros «fueron un paso más allá y participaron activamente en la comisión de crímenes de guerra y en el Holocausto judío durante la Segunda Guerra Mundial» (132).

Por su parte, en «El verdugo en *Shoah* (Claude Lanzmann, 1985): abismo al infierno», Arturo Lozano Aguilar propone un análisis comparativo del mismo personaje en dos obras distintas. Se trata de Franz Suchomel, figura del perpetrador por excelencia, que fue un personaje central en la canónica película *Shoah* (1985) de Claude Lanzmann y que aparece también como un testimonio auxiliar en una obra periodística anterior, titulada *Into that Darkness* (1974), que reúne setenta horas de entrevistas que su autora, Gitta Sereny, mantuvo con el comandante del campo de exterminio de Treblinka, Franz Stangl. En su análisis de la figura de Schuomel, Lozano Aguilar no pierde de vista en ningún momento el carácter históricamente situado de ambas miradas sobre una misma figura, en tanto representaciones que se inscriben en una tradición que evolucionará de forma notable durante las décadas de los sesenta y los setenta, al calor de los juicios de Jerusalén y Frankfurt en 1961 y 1963, respectivamente. El interés que tiene para el autor la lectura comparativa de las obras de Sereny y Lanzmann está en el hecho de que implican dos acercamientos antitéticos a una misma figura en relación con el acto de perpetración: por un lado, «el intento intelectual de Gitta Sereny por acceder al corazón de los verdugos a través de la razón» y, por el otro, el «rechazo moral de Claude Lanzmann» (135).

En los dos últimos textos de este bloque, el hispanista Jaume Peris Blanes y la socióloga Daniela Jara analizan la ambivalencia de ciertas figuras de perpetradores en el caso chileno introduciendo, además, una perspectiva posmemorial y de género a partir del análisis de una serie de testimonios literarios y audiovisuales. En su texto «Figuras y ficciones de la colaboración en Chile: espacios de

ambivalencia entre víctima y perpetrador», Jaume Peris Blanes parte del análisis de una serie de casos en los que el relato de la experiencia de la violencia se enuncia desde un espacio intermedio entre la víctima y el verdugo. Se trata de figuras femeninas procedentes del ámbito de la militancia de la izquierda revolucionaria que, mediante el proceso de detención y la exposición continuada y brutal a la tortura por parte de la DINA, acabaron transformándose en colaboradoras y entraron a formar parte activa dentro de la misma estructura represiva que las secuestró, las violó y las torturó. Mediante el análisis de sus declaraciones y sus testimonios, Peris Blanes muestra la autorrepresentación de estas figuras ambivalentes y fuertemente estigmatizadas como «un escenario de tensión y negociaciones en el contexto de las políticas de reparación transicionales» del periodo posdictatorial en Chile, poniendo en el centro la violencia «como una herramienta no solo de la destrucción de una subjetividad, sino también de reconfiguración de patrones nuevos» (163).

En «Rompiendo el pacto de silencio. Representaciones culturales intergeneracionales en torno a perpetradores en la post-dictadura chilena», Daniela Jara se centra en la relectura de un género propio de la tradición latinoamericana –el testimonio político como narración autobiográfica– y analiza los desafíos que trae consigo la irrupción de nuevas formas de abordar el pasado que implican, necesariamente, nuevas perspectivas y nuevos relatos generacionales. En este contexto memorial, y en sintonía con lo ocurrido en Argentina muy recientemente, Jara analiza en su trabajo la entrada en escena del relato de los hijos de los responsables –directos o indirectos– de los actos de perpetración cometidos en el Chile de Pinochet, a partir del comentario de los documentales *El pacto de Adriana* (Lisette Orozco, 2017) y *El color del camaleón* (Andrés Lübbert). A través de la lectura de estos relatos audiovisuales, Daniela Jara lanza en su trabajo la sugerente pregunta por la posición ética que hay tras las distintas formas de representación intergeneracional del perpetrador y por las implicaciones políticas de este nuevo modo en que la violencia de Estado es enunciada.

En la tercera parte del volumen se concentran los trabajos que analizan las «miradas y representaciones» a través de las imágenes. En «Un ingenioso esmero», Anacleto Ferrer presenta un estudio sobre las imágenes tomadas en los campos de concentración nazis, centrándose en el análisis del origen y las condiciones en las que esas imágenes fueron tomadas, así como en el lugar desde el que se produce su enunciación. Ferrer se detiene en su trabajo en el análisis específico de cuatro escenas de perpetración: las imágenes del campo de tránsito holandés de Westerbork –antesala de las deportaciones a Auschwitz– y las filmaciones allí realizadas en calidad de propaganda del Tercer Reich como justificación de la utilidad y el interés estratégico del campo; las fotografías guionizadas del proceso de selección de los presos judíos en el campo de concentración y exterminio de Auschwitz-Birkenau a partir del Álbum *de Lili Jacob*; las únicas imágenes tomadas del mismo epicentro del exterminio nazi por parte del *Sonderkommando*

de Birkenau y, finalmente, de las instantáneas recogidas en *Das Höcker-Album*, un álbum de fotografías perteneciente a Karl Höcker –adjunto del comandante de Auschwitz Richard Baer–, en las que quedaban recogidas escenas de la vida cotidiana de altos cargos de las SS. A propósito de estos cuatro grupos de imágenes de escenas distintas, Anacleto Ferrer reflexiona, con Benjamin y Rancière, acerca de la idea de *representación* y del poder de la fotografía. En «Miradas más allá del límite de lo visible: El descubrimiento de Bergen Belsen», Rafael R. Tranche indaga acerca de la naturaleza compleja de las fotografías de los cadáveres de guerra: por un lado, son un documento de confirmación –una prueba– de que las órdenes de ejecución han sido cumplidas y, por otro lado, presentan un carácter forense, puesto que «emiten un certificado de defunción» (226). Tranche parte del análisis de las imágenes de los crímenes de guerra cometidos por el régimen de Al Asad para explicar la doble naturaleza de este tipo de imágenes, pero remite, para ello, a las imágenes de perpetradores tomadas en el campo de Bergen Belsen. A partir de materiales relacionados con el descubrimiento de los campos de concentración tras su liberación, Tranche analiza el grado de exhibicionismo de estas imágenes –«del plus de horror gratuito» (226)– y el proceso de transformación de las imágenes de los cadáveres de guerra como prueba forense a prueba de un crimen –de masas, en este caso como también en el caso del régimen de Al Asad–. El autor se pregunta, en su trabajo, por la relación del espectador con este tipo de imágenes, por el tipo de mirada sobre el horror que estas imágenes producen y, sobre todo, por su función y utilidad en un contexto de perpetración.

En «Manifestaciones encubridoras: testimonio escrito y testimonio audiovisual en el victimario», Alberto Sucasas presenta una aproximación al testimonio del victimario en la Alemania nazi y de posguerra. Sucasas aborda el acto de perpetración como un fenómeno *intersubjetivo*, puesto que implica dos subjetividades: la del victimario y la de la víctima, y «atenerse en exclusiva a una de ellas»– explica Sucasas– «hipoteca de antemano el trabajo de elucidación» (253). Desde esta perspectiva, Sucasas analiza las claves psicológicas de la subjetividad del verdugo a partir de dos ejes interpretativos: el contraste cronológico del testimonio durante y después del Tercer Reich, por un lado, y la diferencia entre testimonio literario y testimonio audiovisual, por el otro. Más que como un relato, para Sucasas el testimonio del victimario debe ser abordado como un *síntoma*, como el «síndrome de la psique alemana: dada la imposibilidad de asumir la responsabilidad por la acción genocida y al tiempo preservar, aun residualmente, compromisos morales básicos, la conciencia se escinde en dos personalidades incomunicadas, victimario metódico y hombre común» (261). A partir de esta sugerente clave interpretativa y del análisis de estos testimonios, Alberto Sucasas reflexiona sobre la naturalización del sufrimiento ajeno, de la sublimación épica de la violencia, de la *servidumbre voluntaria* y la escisión esquizoide del conjunto de la sociedad alemana de posguerra –una sociedad que *sabe sin saber*– y, en definitiva, sobre el lugar entre la coacción y el consenso como clave para desentrañar

la complicidad popular con los actos genocidas del Estado en la Alemania del Tercer Reich y sus consecuencias irreversibles para la Alemania de posguerra: una sociedad cuya memoria fue escindida entre las conmemoraciones oficiales de las atrocidades y el olvido –o el silencio– hegemónico en el ámbito familiar que estimuló la transmisión intergeneracional de la mentira (261).

En «Ante los perpetradores: repetición, *reenactment*, representación», Susanne C. Knittel analiza el trabajo sobre la tensión entre diferencia y repetición que propone el llamado «teatro de lo real» como un instrumento para las representaciones del pasado. La autora analiza los trabajos del dramaturgo alemán Milo Rau –*Breivik's statements* (2012) y *Die letzten Tage der Ceauscescus* (2009-2010)– y del cineasta franco-alemán Romuald Karmakar –*Das Himmler-Projekt* (2000)– para ilustrar la potencia política del *reenactment* como una técnica de representación puesta al servicio del compromiso cívico con respecto a la articulación de una lectura crítica del pasado y de sus efectos sobre el presente. Knittel explica en su trabajo cómo esta apuesta crítica permite la exploración del discurso del perpetrador de violencias de masas en distintos contextos, de su psicología y, sobre todo, de su poder retórico. Ante el agotamiento de la crítica –sostiene Knittel– este tipo de recreaciones constituye una práctica artística alternativa y movilizadora que somete al trabajo de la repetición los documentos difíciles o problemáticos del pasado, forzándolos a adquirir, a través de la descontextualización, nuevos sentidos que chocan con la sensibilidad hegemónica del momento en el que cada una de estas repeticiones se produce.

En «Elogio de la sonrisa», el trabajo que cierra este tercer bloque y también el volumen, Vicente Sánchez-Biosca se pregunta por las «imágenes de perpetradores» acerca de las que reflexionaba Marianne Hirsch en su estudio fundacional sobre el concepto de postmemoria, *Family Frames: Photography, Narrative, and Postmemory* (1997). Sánchez-Biosca se interesa especialmente por el carácter *performativo* de estas imágenes: «¿Qué perpetrán las imágenes de perpetradores?», se pregunta en su trabajo (303). Para el autor, las imágenes de perpetradores son «instantáneas que representan los actos de violencia desde el punto de vista de aquellos que la perpetrán» (300), y por eso detecta en ellas una serie de regímenes de la enunciación –personas implicadas, espacios en los que transcurre la acción y los tiempos en los que esta se desarrolla– cuya combinación generará una serie de tipologías distintas dentro del conjunto de estas imágenes. El interés que presentan estas imágenes consiste en que reproducen la mirada de la maquinaria de la destrucción y, por lo tanto, son cómplices del ejercicio de violencia. Y lo son, además, de una forma particularmente dolorosa, explica Sánchez-Biosca, «puesto que hacen perdurar en el tiempo lo que sucedió una vez, procurando una *plusvalía emocional* al círculo de ejecutores» (303). A partir de esta reflexión, este último trabajo pone sobre la mesa los retos éticos que plantea el consumo de estas imágenes, y lo hace desplazando el foco del debate desde el marco de la Segunda Guerra Mundial y la memoria del Holocausto –con las imágenes

documentales del gueto de Varsovia tomadas con fines propagandísticos por encargo del Ministro Goebbels– hacia otros contextos de violencia, más remotos –las fotografías antropométricas tomadas en el centro de detención S-21 en Camboya, durante la dictadura de los Jemeres Rojos–, incluso más contemporáneos –las fotografías digitales vejatorias tomadas por miembros de la policía militar estadounidense en la prisión de Abu Grahib o, todavía más recientemente, los vídeos de cuidadosa escenografía con los que el Estado Islámico difundió por internet las ejecuciones de sus prisioneros–.

Con este gesto crítico y de carácter comparativo, el trabajo de Vicente Sánchez-Biosca clausura este recorrido sobre la figura del perpetrador como perspectiva analítica. Si algo caracteriza a la violencia política es, precisamente, su carácter transformador: su ejecución persigue siempre un efecto disciplinario sobre el cuerpo social sobre el que se ejerce. En este sentido, la pregunta por el perpetrador –por sus relatos y sus representaciones– es, por encima de todo, una pregunta por la responsabilidad sobre la ejecución de esa forma de violencia, no importa cuán remota o cercana esta sea histórica o geográficamente. Pero también es –y aquí está la fuerza de esta propuesta analítica– una pregunta por los efectos que esa violencia persigue y por su persistencia, simbólica o real, en las sociedades del presente.

.....
VIOLETA ROS FERRER es licenciada en Filología Hispánica y doctora en Estudios Hispánicos por la Universitat de València. Ha realizado estancias de investigación en UC-Berkeley y Princeton University. Su campo de investigación es la representación del tardofranquismo y la Transición en la producción literaria actual en España. En la actualidad es investigadora posdoctoral en el Departamento de Teoría de los Lenguajes y Ciencias de la Comunicación de la Universitat de València y en el Instituto de Lengua, Literatura y Antropología del CCHS-CSIC.